

## LECCION SEXTA

La afirmación de que las familias son algo así como sociedades religiosas con sus divinidades y cultos particulares causaría hoy la admiración más profunda. Y sin embargo, la vida cotidiana de las clases inferiores nos revela todavía la existencia de una cándida creencia en las almas de los antepasados y su constante relación con el mundo de los vivos. En las familias que habitan las aldeas del Tirol, de la antigua Baviera, del Palatinado Superior y de la Bohemia alemana los campesinos católicos, dice Buchholz (1), toman durante el año las necesarias y oportunas medidas para asegurar la felicidad de sus muertos. A este fin, se recogen diariamente los restos de la comida y cada sábado los echan al fuego; todo este alimento se destina para el sustento de los difuntos. Cuando la madre amasa el pan de la casa, por regla general tira por detrás un poco de harina y echa un pedazo de pan cocido dentro de las llamas. Cuando cuece los pasteles nunca se descuida de echar uno al fuego. La tarde del día de Todos los Santos las hogueras son alimentadas durante toda la noche y nunca se olvidan de dejar abierta una puerta ó una ventana con objeto de que las almas de los muertos, los angelitos (como se las llama algunas veces), vengan á regalarse.

Relacionemos estos hechos todavía indecisos, con los usos mucho más característicos de las poblaciones

(1) Buchholz. *Deutscher Glaube un Brauch*.

agrícolas de Rusia y del mundo eslavo en general. Nos referimos al espíritu doméstico (al *domovoy*), al *tomten* sueco, al espíritu que vela sobre la casa y sus habitantes sin exceptuar á los animales, al espíritu bienhechor que quiere ser cuidado con ternura, pues en caso contrario se muestra rencoroso y vengativo. Cuando lo estudiamos más de cerca vemos que este espíritu vive tan ligado al hogar doméstico que, en caso de ir á vivir á otra casa, el espíritu ha de ser trasladado con muchas ceremonias al nuevo hogar. Nótese también que el *domovoy* doméstico es el único que se considera amigo, pues los extranjeros son celosos y peligrosos.

Para estudiar este culto familiar en su completo desarrollo, para conocerlo en sus menores detalles, es preciso recorrer la numerosa producción contemporánea de los escritores rusos, el gran número de obras que tienen por objeto la descripción de los ritos y costumbres practicadas en el sin fin de nacionalidades que integran el imperio de los zares. Para dar una idea de todo esto me contentaré con resumir el resultado de mis estudios personales sobre el culto familiar de los montañeses del Cáucaso, y muy especialmente el de los ossetas y pschavs, pueblos que á pesar de su distinta procedencia (el uno es ario y el otro georgiano) han experimentado casi por igual la influencia de la civilización iraniana. Como la civilización de estos pueblos fué detenida en su origen, su evolución social conserva en muchos puntos vestigios de esta acción intelectual, de manera que sus ritos y costumbres pueden ser considerados como el mejor y más perfecto comentario del Avesta.

Al igual que el campesino del Tirol ó de la gran Rusia, el osseta no cree que la muerte produzca un completo aniquilamiento de la vida, pues para él, la vida futura, la vida de las almas continúa la existencia

terrestre. Los muertos, al igual que los vivos, tienen necesidad de alimento, calor y luz; los vivos tienen la obligación de prestar á los muertos todos estos elementos de felicidad. Y no sólo esto, sino que los ossetas se apresuran á compartir con las almas los beneficios de su propia vida, y así vemos que en el año que sigue á la muerte del marido, la viuda prepara su cama y cuida de cuanto puede servir á su *toilette* como si el muerto estuviera á punto de llegar ó asistiera invisible á todos estos preparativos. Todos los viernes, la viuda visita la tumba del difunto y lleva la comida y bebida para toda la semana. Cuando en la cuaresma se celebra el oficio de difuntos, se construye un maniquí, se le sienta en una silla junto á la mesa y se le sirve flor de harina y aguardiente. Al recientemente fallecido se le tributan otras honras. Siete veces al año se invoca también la memoria de los que hace tiempo han abandonado el mundo de los vivos. Todos los parientes invitados al festín comen y beben más que de costumbre con la esperanza de que el exceso aprovechará á los muertos. La noche que precede al primer día del año nuevo, se encienden tantas fogatas con paja como antepasados se veneran. En esta ocasión el jefe de la casa pronuncia las siguientes palabras: «Que la parte de vuestro fuego no se extinga jamás ¡oh muertos queridos! y seáis siempre bien iluminados». La mayor ofensa que se puede dirigir á un osseta es el desear que sus muertos carezcan de alimento. Los ossetas acostumbran invocar á sus muertos con las siguientes palabras: «Nadie se apodere de vuestros manjares; pero podéis compartirlos libremente con los difuntos de vuestro agrado». Bien alimentados y bien provistos de un buen fuego, los antepasados se convierten en espíritus tutelares de los miembros de su familia que moran en este mundo. Cuando se recoge una cosecha abundante ó el ganado pare felizmente, los ossetas atri-

buyen dichos bienes á los difuntos. Los difuntos socorren además á la familia contra los enemigos que la atacan, y cuando la desgracia cae sobre éstos, los ossetas creen en la influencia nefasta de los espíritus. Y no solamente han de temerlos los extranjeros, pues cuando los parientes no cumplen sus deberes y dejan á los muertos sin comida ni bebida, los difuntos descargan su cólera sobre ellos. Las enfermedades de los hombres y de las bestias, las desgracias que sobrevienen á los caminantes, los negocios desgraciados no tienen otro origen que la venganza de los difuntos. Este temor obliga á los pschavs á implorar el auxilio del espíritu cuya memoria han perdido, para que consienta compartir con los otros las ofrendas de los vivos y evitar con esto su influencia nefasta.

Podríamos citar un sin fin de detalles verdaderamente curiosos sobre el culto de estos montañeses, haciendo notar que casi todos son contrarios á las religiones mahometana y cristiana que estos hombres parecen profesar.

Creemos que lo poco que hemos manifestado sobre estas tribus es suficiente para aclarar el origen de las numerosas prescripciones contenidas en el Avesta sobre los deberes de los vivos para con los «favashis» ó espíritus y los de estos últimos en relación con los vivos. El Avesta nos los representa como espíritus generosos, bravos, misericordiosos, poderosos, fuertes y al mismo tiempo ligeros como el aire. Su preocupación constante es el saber quién les presentará ofrendas y comida á fin de que jamás puedan requerirlos vanamente. La bendición que dan á los parientes cumplidores de su deber está concebida así: «Que en su casa haya siempre numerosos hombres y un gran rebaño; que posea un caballo obediente y un carro sólidamente construído; que cuando en el seno de las familias

los hombres saben adorar á Dios, gobernar el pueblo y realizar los sacrificios, no desaparezcan jamás».

Estudiado el culto de los antepasados en aquellos pueblos que todavía lo practican, se comprenderán fácilmente no sólo el origen de los ritos y costumbres de la vida diaria de los campesinos, sino también las numerosas prescripciones que referentes á los deberes de los vivos con los muertos, contienen las colecciones de los antiguos himnos, tales como el Rig-Veda, las epopeyas populares de los griegos y los escritos de los prosistas, poetas y legistas de la antigüedad.

En cuanto al culto de los antepasados en el mundo helénico y romano, sería difícil citar ningún texto que no haya sido comentado por Fustel de Coulanges en su obra clásica. «El culto de los muertos, escribe el eminente autor de *La cité antique*, no se parece en nada al que los cristianos prestan á los Santos. Una de las reglas fundamentales de aquel culto es que cada familia solamente ha de adorar á los muertos de su sangre. A la comida fúnebre que se celebraba en épocas determinadas, sólo tenía derecho á asistir la familia, quedando los extranjeros completamente excluidos. El culto de los muertos era únicamente el culto de los antepasados. Burlándose Luciano de las creencias del pueblo nos las explica de una manera por demás clara: «El muerto que no ha dejado hijos, no recibe ofrendas y queda expuesto á un hambre perpetua». De esto se deduce que en Grecia y Roma el hijo tenía la obligación de practicar las libaciones y los sacrificios á los manes de su padre y de todos sus abuelos. Faltar á este deber era cometer la impiedad más grave, pues la interrupción de este culto significaba el decaimiento de los muertos y el aniquilamiento de su felicidad. Esta negligencia se consideraba como un verdadero parricidio, parricidio que se repetía en cada antepasado olvidado. Por el contrario, si los sacrifi-

cios se cumplían según los ritos, si en los días fijados se llevaban los alimentos sobre la tumba, el antepasado se convertía en un dios protector.»

«Hostil á cuantos no descendían de él, rechazándoles de su tumba, castigándoles con enfermedades cuando se acercaban, el espíritu era bueno y amparaba á los suyos. Entre los vivos y muertos de cada familia había un cambio continuo de buenos oficios. El antepasado recibía de sus descendientes toda una serie de comidas fúnebres, es decir, los únicos beneficios que puede disfrutar en su segunda vida. El descendiente recibía del antepasado ayuda y la fuerza necesaria para pasar sus días. El vivo no podía existir sin el muerto, ni éste sin el apoyo de aquél. Por esto, dice con mucha razón Fustel de Coulanges, se establecía un estrecho lazo de unión entre todas las generaciones de una misma familia y se convertía á ésta en un cuerpo eternamente inseparable» (2).

Pero lo que el autor no dice (cosa, por otra parte, muy importante) es que en el momento de celebrar las ceremonias propias del caso, todos los parientes que habitan bajo el mismo techo se unen al hijo celebrante. Los romanos no tenían ninguna palabra para distinguirlos de los demás parientes que vivían en otra parte, pero los griegos los llamaban *anchisteis*; algo parecido sucedía en la India antigua. Los adoradores de Agni, y más tarde de Brahma, eran al propio tiempo los que prestaban culto á los *pitris*, espíritus tutelares de la familia. Tanto el Rig-Veda como las leyes de Manú, recomendaban el ofrecerles tortas de arroz y una bebida formada por el jugo de una planta llamada *somma*, de efectos embriagadores. En primer lugar, el deber incumbe exclusivamente á los que viven en comunidad familiar (los *sapindas*); después á cuan-

(2) *La Cité Antique*, segunda edición, pág. 36.

tos están unidos con el difunto con lazos de sangre y en cualquier grado (los *samanadoses*). El oficiante es siempre el descendiente más directo, por lo que los antepasados expresan siempre el mismo deseo: «Ojalá nazcan sucesivamente hijos de vuestra línea, para que en todo tiempo nos ofrezcan arroz hervido con leche y miel y manteca clarificada» (3).

En estos momentos surge la pregunta de si el culto de los antepasados, tan extendido entre las tribus arias, no debe considerarse como algo que les es propio y exclusivo. ¿Se encontrarán vestigios entre las demás familias humanas, entre los semitas, los turanios, entre los bárbaros y salvajes que todavía pueblan el mundo? Lenormant, que ha estudiado esta materia dentro de la raza semita, la resuelve afirmativamente en una memoria especial que ha publicado sobre el Yemen antes del advenimiento de Mahoma. «Los árabes, dice, invocan á los antepasados con la misma devoción é intención con que invocan las divinidades celestes».

En una memoria especial dedicada por Goldziher al culto de los muertos entre los árabes, establece de una manera indubitable los siguientes hechos. Los go-rejsitas de la época pagana tenían la costumbre de jurar por sus antepasados, costumbre que prohibió Mahoma. En algunas tribus árabes, las tumbas de los antepasados parecen gozar del beneficio de una particular solemnidad. «No ofrecer sacrificios á los *nucub* ó *ançab*», tal es la orden del profeta. Los *nucub* ó *ançab* eran piedras levantadas junto á las tumbas, á las cuales los árabes paganos prestaban un culto especial. Estas tumbas tenían el privilegio de ser consideradas como asilos inviolables y sobre ellas se realizaban sacrificios. En los tiempos antiguos, cuando los árabes

(3) *Leyes de Manú*, III, 138 y 274.

pasaban por delante de una tumba célebre por la generosidad y magnanimidad del muerto, tenían la costumbre de sacrificar una bestia de carga en honor del difunto y de regalarla después á su servidumbre. Bastante más frecuentes que estos homenajes excepcionales, era el sacrificio de una ó muchas víctimas realizadas inmediatamente después del enterramiento. En los funerales del virrey de Egipto Mahomet Alí, se degollaron ochenta búfalos. En casos análogos la costumbre antigua escogía por víctima al camello (4).

Aunque como culto esencialmente monoteísta el mahometismo es contrario á la supervivencia de este antiguo paganismo, la costumbre consagrada por muchos siglos ha conseguido dominar tales escrúpulos. Los partidarios más ardientes de la ley del Korán, como las tribus del Daghestán (que bajo Schamil se oponían violentamente no hace mucho á la dominación rusa), conservan todavía un respeto supersticioso á las tumbas de los «scheiks», es decir, hacia aquellos hombres que durante su vida se distinguieron por su piedad. En las distintas excursiones que he hecho á este país, más de una vez me he visto obligado á conceder á mis guías musulmanes el tiempo necesario para orar ante una de estas tumbas, tumbas que se reconocen de lejos por una estaca plantada á su pie y por estar adornada por telas de distintos colores. Según los informes del viajero Palgrave, los mismos ritos se practican entre los beduínos.

En cuanto á los judíos, su creencia en los espíritus (en los *elohims*) es descrita por Renán en su reciente *Historia de Israel*: «Para el semita nómada, el mundo está rodeado, penetrado, gobernado por los

(4) Véase Golziher, *Le culte des ancêtres et le culte des morts chez les arabes*, en la *Revue de l'histoire des religions*; tomo X, núm. 3, año 1884, pág. 332.



*elohims*, por estas miriadas de seres activos muy análogos á los espíritus de los salvajes. Entre estos múltiples espíritus, hay algunos que representan á las almas de los antepasados divinizados. En el Deuteronomio, el hombre que hace á Jehová la ofrenda de los primeros frutos dice «que no ha dado nada á los muertos». Semejantes palabras serían inexplicables sin la existencia de una antigua costumbre á tenor de la cual los adoradores de Jehová venían obligados á dar algo á los espíritus. Por otra parte, esta costumbre parecía estar muy extendida, pues leemos en el libro de Samuel (cap. XIX, 13) que David y su esposa Mikal, hija de Saúl, todavía conservaban en su casa los *teraphim* de escultura que ocupaban el lugar de los dioses domésticos.

En lo referente á las civilizaciones turanés, podemos citar á la China, cuya forma de religión más antigua se consagra exclusivamente al culto de los antepasados; este dato es tan concluyente que no podemos dudar de la importancia de este culto en la raza amarilla. A tenor de la doctrina del Hsia-King (uno de los códigos chinos más antiguos y en esta materia nunca olvidado), «mientras los padres viven se les debe tratar como dioses terrestres, rodearlos del mayor respeto, cuidarlos cuando son viejos y llorarlos cuando mueren». Esta comunidad de vida entre los miembros de una misma familia, según Julio Happel, el moderno historiador de la religión china, debe continuar en la forma más sensible hasta más allá de la muerte. Todos los acontecimientos importantes de la familia, y muy especialmente todo cambio en la propiedad ó en el derecho posesorio de los antepasados, debe ser comunicado á los difuntos. La relación entre vivos y muertos toma su expresión más solemne en lo agapes que los vivos ofrecen anualmente á los muertos. La fiesta está integrada por dos partes esenciales: la una

ocupa el primer día, y está representada por una verdadera comida fúnebre; la otra se realiza el día siguiente, y consiste en una comida de los vivos. En la comida fúnebre, como representantes de los queridos difuntos, parientes escogidos se sientan en torno de la mesa. En silencio toman los manjares ofrecidos á los amados difuntos; estos manjares consisten principalmente en mijo y bebidas espirituosas fuertemente perfumadas. Mientras los representantes reciben las demostraciones de afecto correspondientes á los difuntos, se considera que éstos figuran en la fiesta y participan con ellos de la comida. Después del banquete, el que se llama *servidor de los muertos* (Todtenknabe), el personaje que se reputa ser su órgano, declara que los difuntos han acogido de buen grado los homenajes de los vivos y que continuarán bendiciéndoles con tal que no olviden jamás el amor y el respeto que ha de tenerse á los difuntos (5).

Quedan las tribus bárbaras y salvajes del antiguo y nuevo continente. Las obras de Tylor, Lubbock y Spencer son una prueba concluyente de la existencia del animismo en estas tribus: intentar su demostración equivaldría á rehacer estas obras. Ya hemos indicado que las obras acabadas de mencionar son una patente demostración del animismo; sólo queda para discutir su pretendido exclusivismo y su eficacia para convertirse en germen de los demás cultos. Nosotros no somos partidarios de esta última teoría, pero reconocemos su gran antigüedad como un hecho indubitable, y afirmamos que el culto de los muertos es casi universal. Y digo casi, porque para la vida de este culto es preciso la existencia de la familia patriarcal y la clara determinación de los poderes del marido

(5) Happel, *Revue de l'histoire des religions*, París, 1881, núm. 6, pág. 272.

y del padre, y ya sabemos que existen muchas tribus en las cuales no se conocen más lazos durables que los de la madre é hijo, ni otra filiación que la de las mujeres. Por consiguiente, es muy atendible la opinión expresada por Fustel de Coulanges de que el rasgo distintivo del culto de los antepasados es que «únicamente se transmitía de varón á varón». Por regla general, la mujer no podía participar de este culto sin la intermediación de su padre ó marido y, después de su muerte, la mujer no tenía la misma participación que el hombre en el culto y en las ceremonias de la comida funeraria (6).

Por consiguiente, el culto de los antepasados está ligado de una manera indisoluble á la misma existencia de la familia patriarcal, pues nace con ella y al través de los siglos se convierte en una de las causas de su estabilidad.

El culto de los antepasados, tan universal y antiguo, tenía un centro, y este centro no era otro que el hogar doméstico. Dos causas contribuyeron á producir este resultado. En primer lugar, la costumbre de enterrar á los padres en los mismos alrededores del hogar; esta costumbre todavía se conserva en la China; ó en la costumbre de rodear este mismo lugar con sus imágenes, como sucedía entre los etruscos. En segundo lugar, en la idea del fuego como un intermediario directo entre vivos y muertos; esta relación no encuentra expresión sino en la ininterrumpida ofrenda de la comida, y esta comida sólo se transforma en alimento del antepasado con la condición de ser consumido por las llamas. En las sociedades arias, el hogar se transforma en la parte más respetada de la casa. Tanto entre los ossetas como en la mayoría de los pueblos caucásicos, como los svanetas, pschaves,

(6) *La Cité Antique*, pág. 40.

chevsures, tuschines, etc., los actos más importantes de la vida se realizan ante el hogar. La costumbre obliga á la recién casada á dar tres vueltas al hogar en compañía de su esposo. El paje de honor que los acompaña á cada vuelta golpea con su cuchillo la cadena que sostiene la caldera familiar, y esta cadena participa del carácter sagrado del hogar.

Cuando el osseta es llamado como testigo, jura por sus antepasados, por su hogar ó por la cadena de éste. Cuando un fugitivo se ha sentado en el hogar ó ha tocado la cadena, se convierte en sagrado, sea cual fuere su condición, habiendo sucedido algunas veces que el asesino ha encontrado refugio en el seno de la familia de su víctima. En el momento en que el asesino tocaba el hogar ó la cadena se convertía en inviolable hasta para los mismos parientes del interfecto. En el antiguo Irán, el hogar se llamaba «señor de la casa» (*nmanopaiti*), y la palabra empleada por los indios para designarlo tenía el mismo significado. Tanto en Grecia y Roma como en Germania, el hogar era el lugar donde se reunía ordinariamente la familia. Las imágenes de los antepasados rodeábanlo por doquiera. Como símbolo de la eternidad de la familia, el fuego debía alimentarse continuamente. Según el Avesta, el hogar es el primer motivo de la felicidad familiar, aumenta sus bienes, conserva la vida de sus individuos y engendra hijos robustos; pero todo esto se realiza con la condición de que el fuego sea constantemente alimentado con madera cortada á tenor de las prescripciones religiosas. La misma creencia se mantiene en la India Védica, donde se venera el fuego con el nombre de Agni. En uno de sus himnos leemos lo siguiente: «¡Oh Agni, tú eres la vida y la protección de los hombres! Como compensación de nuestros ruegos, da la gloria y la riqueza al padre de la familia que te implo-

ra y haz que la tierra sea siempre fecunda. Que por largo tiempo goce yo de la luz y que llegue á la vejez como el sol á su ocaso».

En determinadas épocas del año, el fuego debe tornarse á encender con tizones que, según el Avesta, deben provenir del hogar de la comunidad. En Lemnos de Grecia, se iba á buscar el fuego bastante más lejos, pues todos los años un navío la traía de la isla de Delos. Cuando llegaba este fuego se extinguían todos los de la ciudad y volvíanse á encender con el nuevo tizón. Vestigios de una costumbre parecida se encuentran en la Edad media en Alemania, en Marbourg, y en la baja Sajonia; en determinada época del año se apagaban todos los fuegos y se encendían nuevamente por el antiguo procedimiento de frotar dos pedazos de madera. Todos estos ritos tenían la misma finalidad y todos se realizaban con la intención de purificar el fuego familiar de los posibles contactos de cosas y personas impuras (7).

Si queremos penetrar en la causa misteriosa de todas estas observaciones, si queremos investigar los mismos orígenes del culto de los antepasados y del hogar doméstico, tendremos que echar mano de la creencia en una vida futura y de una existencia supraterrrestre. La creencia en la otra vida es tan universal como el culto que origina. Entre los salvajes del antiguo y nuevo mundo, lo mismo que entre las tribus arias, en lo fundamental encontramos la idea de que la muerte no es el fin de la existencia, la creencia de que el desdoblamiento de nuestro ser integrado por alma y cuerpo, es el origen de la vida de ultratumba. La idea que de esta segunda vida tenían los hombres primitivos no tiene nada que ver con su concepción moderna. El paraíso, el purgatorio y el infer-

(7) Geiger, *Ostiranische Kultur im Altertum*.

no católico, lo mismo que los «Campos Elíseos» y el «tártaro» de los pueblos de la antigüedad, suponen necesariamente que sus adeptos han conseguido ya un espíritu de generalización y un desarrollo del sentido moral, que no podía poseer la infancia del género humano. «Según las más antiguas creencias, el alma no iba á pasar su segunda vida á un mundo distinto del nuestro, sino que continuaba morando en la tierra y junto á los hombres». En el caso de no encontrar sepultura, el genio del difunto continúa vagando por la tierra y por las noches aparece como fantasma. La inhumación es, por consiguiente, considerada como un deber sagrado que se tiene con los parientes, y los antiguos consideraban criminales á los que no enterraban sus muertos.

Si queremos investigar la vida que las tradiciones más antiguas atribuían á los difuntos, nos veremos obligados á reconocer que es la misma que la de los vivos. Demostración palmaria de nuestro aserto, es la costumbre de colocar en la tumba y junto al difunto las armas y los instrumentos de pesca y caza que usaba por regla general, y la de inhumar con él su caballo, esclavos y algunas veces hasta su mujer. Esta última costumbre no se practica solamente en la India. Las investigaciones arqueológicas realizadas en distintos países, y muy especialmente en Rusia, confirman el testimonio de aquellos escritores que, como el árabe Ibn Fozlan, pretenden que los pueblos que descendieron con sus navíos el curso del Volga (pueblos que designa con el nombre de «rusos» y que bien pudieran ser mis antepasados, á no ser que fueran los vuestros, es decir, varegs ó escandinavos, como parece más probable), quemaban á la viuda con el mismo leño que devorada el cadáver de su marido difunto. En algunas tumbas rusas se han encontrado huesos de mujer medio calcinados, huesos que por regla ge-

neral estaban colocados encima del difunto. Creemos que estos huesos representan los restos de la ceremonia religiosa realizada sobre la tumba del muerto y de cuya ceremonia el suplicio de la viuda era un elemento integrante. Algunas tribus salvajes practican todavía ritos parecidos. Tomando todos estos datos en su conjunto, son una verdadera confirmación de la hipótesis de que en la infancia de la humanidad se consideraba la vida futura como una continuación de la presente. Toda idea de remuneración ó de castigo, todo lo que significase, por ejemplo, una felicidad eterna para los buenos y un castigo sin fin para los malos, parece haber sido una noción extraña al hombre primitivo. El dualismo de paraíso é infierno parece tener un origen más reciente, pues no solamente es ignorado por muchísimas tribus salvajes y bárbaras, sino que en los primeros albores de su historia era ignorado por los mismos hebreos. El «scheól» ó residencia de los muertos se les aparecía con el carácter de tinieblas eternas, como un lugar colocado en las profundidades de la tierra, como la eterna residencia de buenos y malos (8).

Antes de terminar, resumiremos los principales resultados. Ante todo, haremos la afirmación de que la comunidad familiar representa al propio tiempo una comunidad religiosa. Hay que reconocer que esta antigua fase de la sociabilidad y la no menos antigua creencia en los espíritus, están unidas por lazos de gran intimidad. Como estas relaciones tienen sus fundamentos en la esencial homogeneidad de la vida futura con la actual, el culto de los muertos sólo puede aparecer en el momento de la aparición de la familia patriarcal,

(8) Véase Eduardo Montet, *Les origines de la croyance à la vie future chez les Juifs*, en la *Revue de l'histoire des religions*, año 1884, núm. 3.

pues este culto es ante todo un culto agnático, un culto que se transmite de varón en varón, y significa el primer paso de la supremacía del hombre sobre la mujer. En estos dos puntos de vista, en el de organización social y en el círculo religioso distinto, la comunidad familiar, cuyo eje es el padre, engendra todas las instituciones que caracterizan la época de la evolución humana que se ha denominado patriarcal. En la familia patriarcal tendremos que buscar, por consiguiente, el secreto de las relaciones entre marido y mujer, entre el padre y sus hijos, y el carácter de la antigua organización de la propiedad inmobiliaria. Si tuviéramos intención de agotar esta materia extenderíamos nuestras investigaciones á otros puntos del antiguo derecho, y entonces veríamos que la familia patriarcal constituye el fundamento de las más antiguas formas de los contratos ó de la fase más primitiva de la evolución del derecho criminal.

Abandonando á otros estas importantes cuestiones, en las siguientes lecciones me limitaré á trazar un sucinto cuadro del régimen interior de la familia y de la propiedad de la tierra durante la era patriarcal.

---